

Sinfónica: urbana y guerrera



Mario Córdova

Una presentación fuera de su temporada oficial, dispuesta bajo otros códigos programáticos, ofreció recientemente la Orquesta Sinfónica Nacional. Coincidiendo con el Día de los Patrimonios, fue un “Concierto Familiar” donde confluyeron obras chilenas muy atractivas con otras del gran repertorio universal, presentadas por un actor. Sin lenguaje académico ni vestimenta formal, caracterizado éste como un muchacho común y corriente (un flaute ilustrado, diría alguien), sus distendidas intervenciones explicativas fueron fundamentales para el éxito de esta jornada que lamentablemente no convocó una buena asistencia de público. Tan de la calle como ese personaje fue la primera obra interpretada, justamente “La voz de las calles” de Pedro Humberto Allende, centenario poema sinfónico muy chileno que retrata el bullicio urbano y los populares pregones del comercio en la vía pública. Si la esencia de su contenido se percibe con la sola audición, aquellas tan buenas introducciones del actor contribu-



yeron a apreciar aún más los méritos descriptivos de una partitura tan rezagada de nuestra actividad de conciertos. Le siguió “Metropolis” de Prospero Bisquertt, también un retrato urbano, pero puertas adentro, por cuanto simula bullicios industriales que volvieron a tener una introducción de mucho aporte. En



ambas obras se lució el joven director invitado Miguel Angel Castro. Del ajetreo ciudadano el programa se trasladó al campo bélico. Se escuchó (al parecer en primera audición en Chile) “La victoria de Wellington” de Beethoven, una verdadera crónica musical guerrera, que de la exposición de himnos de los ejércitos



a empujarse se agudiza en las proximidades mismas de la posterior refriega. Si ya fue todo un acierto mayor haberla interpretado, igualmente exitosa fue la clara dirección de Castro, con una disposición muy teatral de la trompetería inicial y, ni hablar, con aquel muchacho participando al interior del fragor de la batalla. Para el final, la obertura “1812” de Tchaikovsky. Se echaron de menos aquí mayores explicaciones previas de su origen y sus contenidos temáticos rusos y franceses, pero esa carencia quedó suplida por la espectacularidad sonora de su triunfante final. En estas obras debiera haber detonaciones de fusilería, cañonazos y campanas. Pero no se puede pedir tanto recurso a una interpretación en un espacio tan reducido y limitado acústicamente como es el Teatro de la U. de Chile de Plaza Baquedano. Pronto la Sinfónica lo dejará para trasladarse a la novísima sala del VM20. La ansiosa espera por el cambio está más viva que nunca.